Cartas inéditas de Vicente Aleixandre

Es sabido que la correspondencia de Vicente Aleixandre (1898-1984), está todavía por editar en su mayor parte. Contamos con un volumen excelente, pero antologado, que contiene cartas dirigidas a José Luis Cano (Epistolario, *Alianza Tres, 1986), pero Aleixandre ejerció la epistolografía desde joven, con una amplitud y continuidad que hubieran despertado la admiración de su coetáneo de generación Pedro Salinas, el gran defensor entre nosotros del género epistolar y él mismo un gran autor de cartas. Cuando se publique una buena parte de las cartas de Aleixandre podremos tener una imagen más cabal del poeta de Velintonia. Todavía se nos impone una visión demasiado simplista de un hombre y un poeta que alimentó los detalles y en el que se adivinan una mayor complejidad y contradicción vital. Además, necesitamos una biografía de Aleixandre, que deberá ser, sin duda, una historia tangencial de varios períodos de la literatura española.*

Las cartas que exhumamos en este número de Cuadernos Hispanoamericanos *fueron escritas por Aleixandre desde el final de la Guerra Civil española, exactamente desde 1939, a 1960. Creemos que no son todas las cartas que Aleixandre envió a Emilio Niveiro, pero son las que, por ahora, hemos podido disponer. Aunque algunas de ellas son muy circunstanciales y otras son ajenas al mundo propiamente literario, se trata de las cartas de un escritor a un amigo que comenzó como crítico en* El Sol *y que luego fue apartándose de la literatura aunque sin abandonarla del todo. Emilio Niveiro Díaz (Talavera, 1919-1993) conoció a Aleixandre en la primavera del 36. Contaba entonces diecisiete años, ejercía la crítica literaria y era amigo de escritores de la época y conocido de algunos de los famosos del 27, como atestiguan algunas referencias de sus cartas y los libros dedicados existentes en su biblioteca.*

¿Qué valor tienen estas cartas para la biografía de Aleixandre? Vario, sin duda. En primer lugar hay cuestiones puntuales relacionadas con la escritura y publicación de sus libros, e incluso la confesión de un verso robado que se encuentra entre su poesía. Hay más, que aparece en primer plano y que hay que leer de manera oblicua: su situación política y moral al finalizar la guerra. Emilio Niveiro Díaz, cuando se conocieron, era camisa azul,

Aleixandre había sido republicano y habría de ser defensor de la vuelta a la democracia. Niveiro era y fue siempre católico; Aleixandre, agnóstico. Sin embargo, a pesar de que el tiempo los fue separando, no dejaron de ser amigos, y siempre hay, más que una identificación con el transcurrir del tiempo, una nostalgia del tiempo fundador de aquella amistad.

Al publicar estas cartas, con el consentimiento de su viuda, Pura de Niveiro, queremos contribuir (e incitar a otros) al ahondamiento de la personalidad de Vicente Aleixandre, simplificada por la hagiografía o la indiferencia. Por último, desearíamos dedicar esta edición a la memoria del sobrino del corresponsal de Aleixandre, Emilio Niveiro Miñana (1960-1996), que no llegó a ver estas cartas publicadas.

Juan Malpartida

Miraflores, 7 de agosto 1939[1]
Año de la Victoria

Querido Emilio: Hace días que pienso escribirte. Te veo con la imaginación sonriente, envuelto en tu magnífico uniforme flamante, correctísimo, como te vi el último día, o como en los anteriores, con tu camisa azul, brazos al aire, pelo revuelto y una palabra pronta y una risa o sonrisa alegre, en medio de nuestras grandes tiradas de conversación. ¡Bravo Emilito! Te echo mucho de menos, aquellas tardes nuestras allá en la terraza, tardes de inspiración en medio de la estupenda atmósfera que creábamos.

¿Qué te haces ahora, Emilio? A lo mejor andas muy atareado, pues creo recordar me dijiste te habían ascendido. ¿Viste al humano de Cossío[2]? Hoy han venido aquí una porción de camisas azules a pasar el día en el Puerto, al sol y al aire de la montaña. Yo he visto las formaciones primero en la misa del pueblo y después en el desfile con cánticos. De pronto me acordé de ti. Iban también algunos de tu edad mandando a otros más jóvenes de las organizaciones. Qué bien hacía el brío y la gracia fuerte, las voces juveniles, la marcha serpenteante por el camino alto, en medio de un sol espléndido, de un aire fresco de Sierra clarísima y sobre un paisaje castellano que se dilataba veladoramente. Me acordé también de Cayetano[3] Me hubiera gustado veros por aquí. ¡Qué aliento de plenitud me oreó la frente, de poesía exaltadora, de magníficas fuerzas vitales en este jubiloso día de verano suave!

[1] *Esta carta fue publicada por mí en la revista* Vuelta *(México), núm. 228, 1995.*
[2] *José María Cossío, erudito y crítico, Valladolid, 1892-1977.*
[3] *Probablemente, Cayetano Aparicio, poeta muerto tempranamente.*

Pero no estábais ninguno de los dos. Tú ahí en Madrid seguramente, en el tren o en sitio semejante, o con tu tío, o qué sé yo dónde; él, Cayetano, en Salamanca, orillas del Tormes, donde me lo figuro entre álamos blancos, escuchando el crujir de la espuma del río, rodeado de invisibles náyades renacentistas, en su soledad de poeta silencioso.

Tú, ¿con quién andas, Emilito? Con dos chicas del bracero te vi la última vez ¿te acuerdas?, en la Carrera de San Jerónimo, cuando desde la acera opuesta me saludaste con tu brazo yendo yo con Dámaso. Para mí había sido un día muy lleno, con comida fuera de casa con Dámaso y una Eva[4] rubia y madura (Eva por el nombre, no por lo tentadora). Quise, en aquel Café soñoliento, que te quedaras con nosotros; la tarde aún era joven y se podían emprender muchas cosas. Pero tú, enfundado, flamante, peinadísimo, ultracorrecto, tenías una cita con Don Pedro[5] y después de una charla ligera y un saludo urbano para Dámaso, te desligaste casi ingrávido en busca de Don Pedro. Al cabo de una hora, el Don Pedro debió de quedar (metafóricamente) como muñeco de guiñol arrugado y tirado en un rincón de su despacho, y tú como Arlequín de guiñol saliste con dos Colombinas del brazo por una Carrera de San Jerónimo de tabladillo, donde yo te vi pasar y casi te aplaudí como si fuera un mutis.

¿Por dónde andas, qué haces, con quién te ves, qué colombinas paseas? Dime también sobre tus trabajos. Me interesa todo lo tuyo. Ayer escribí a Rafael[6], al que supongo gordo, devorando inimaginables meriendas. También he escrito a Cayetano; qué estupendo si destinaran a su hermano a Madrid y le tuviéramos a él aquí. Le decía yo que el curso próximo estaríamos a lo mejor reunidos tú, Rafael, él y yo, y que sería magnífico.

Ayer tuve carta de Cossío, desde Tudanca. Allá es feliz en medio de sus aldeanos –eso me dice– y en su espléndida e intacta biblioteca. La bestia roja le destruyó en cambio la hermosa y antigua capilla de su vieja Casona. Supongo que habrá escrito o hablado de ti a su hermano Paco. ¿Has ido a verle?

Como te he dicho, me paseo por este campo, en paseos cortos, claro, pero lo bastante para sumergir el espíritu en este paisaje que tira del alma hacia lo infinito, y para ceñirme a la tierra, de donde hacía años estaba despegado y lejos. Tú que me conoces bien, sabes lo que yo nece-

[4] *Eva Seifert, hispanista alemana y amiga suya desde los años veinte hasta la muerte de ésta.*

[5] *Pedro Sáinz Rodríguez (1897-1986). Fue ministro de Educación Pública del primer gobierno de Franco (1938). Terminada la guerra civil se marchó a Portugal donde fue consejero de Don Juan de Borbón.*

[6] *Rafael Morales (Talavera, 1919), poeta y profesor. Publica los* Poemas del toro *(1945) en la colección Adonais. Posteriormente,* El corazón y la tierra *(1946),* Los desterrados *(1947) y* Canción del asfalto *(1954), entre otros libros.*

sito este amor de la tierra, que es como sangre mía para mí, vida y totalidad del ser en plenitud casi cantable.

¿Qué más, Emilio? Leo, me acuerdo de los amigos, recupero las perdidas fuerzas. Fernando, mi sobrino, me escribe desde Valencia. Trabaja allá y se acuerda de ti: eso me dice y me manda recuerdos. Leo el *Manolo* de F. de Cossío[7], la *Antología poética del Alzamiento;* la *Corona de sonetos a José Antonio*[8]... Pero en otra carta hablaremos de libros. Ahora te toca a ti escribirme. Vuélcate como siempre y como quieras. –¿Se arreglaron ya los asuntos de tu abuelo?– Dime lo que tú quieras –amor, vida, poesía, trabajo, ilusiones...– Pon lo que quieras. Como yo digo siempre: la imaginación manda. Tú sabes la alegría que siempre, en todo tiempo, me da recibir tu voz, alegre o seria, como salga del corazón.

¿Has vuelto por tu pueblo?

Para mis señas, basta mi nombre y el del pueblo y provincia: Miraflores de la Sierra (Madrid). Por aquí estaremos, probablemente, hasta fines de septiembre.

¡Adiós, adiós! Hasta la tuya, te envío un estrecho abrazo.

Vicente.

Miraflores, 27 agosto 1939. Año de la Victoria.

Mi querido Emilio: tengo conmigo tu carta deliciosa y he esperado unos días a escribirte para dar lugar a que regreses de tu pueblo adonde me decías te ibas con objeto de ocuparte de la cosecha.

¿Cómo ha ido esa recogida y siega? ¿Abundancia? ¿Escasez? Qué lástima no tener influencia con la diosa Parusia[9] o la madre Ceres, para que la tierra ubérrima te hubiera recibido con un alborotado mar de espigas, espeso y profundo, capaz de anegarte en oro trigueño y de volverte loco de entusiasmo. Pero no es uno más que un mísero mortal, y tiene que limitarse uno a desear, a desear siempre y a expresar tan buenos y tan estériles deseos. En fin, Emilito, que ya me dirás como te ha ido por allá y si la realidad te ha consolado un poco de las pocas esperanzas puestas en ese mar de trigo. Dime si al fin fue mar o fue un modesto arroyo.

Tu carta me encantó. Tus cartas, de una manera o de otra, me resultan siempre deliciosas porque en ellas se te ve entero, con toda naturalidad y

[7] *De Francisco de Cossío, publicado en Valladolid en 1937. Novela donde se refleja la reacción de la clase media conservadora de Castilla la Vieja ante la República.*

[8] *Ed. Jerarquía, Barcelona, 1939.*

[9] *Así se lee en el original, pero Parusía no es diosa. El DRAE la define así: «Advenimiento de Jesucristo al fin de los tiempos». Además de este sentido escatológico tiene las connotaciones de «presencia» y «llegada».*

salero. En tus cartas vienes íntegro, y en ti se cumple como en pocos aquello de que «el estilo es el hombre». Al decir salero no me refiero a la parte humorística sólo, sino a esa «pajolera» gracia (que decimos en mi tierra) y que a ratos llamamos «ángel» y a ratos garbo y a ratos «garabato». En fin, me refiero a la misteriosa simpatía que emana indefiniblemente, porque sí, natural y fresca como el agua del campo, de algunas almas, y que la tienen a lo mejor en la frase más sencilla, cuando dicen sonrientes: ¡Buenas tardes! Tú, Emilito, tienes de pronto ese rayo en tu frente, y la gracia está en que no te das cuenta. Sin que te parezcas en nada, te diré que tienes «duende», como el cante jondo.

A veces me río de ver lo bien que me conoces. Me sorprende, por ejemplo, cuando hablas de poesía. En esta carta tuya última, al hablar de la tierra, me dices algo del pino y del arroyo, de la piedra y la hierba, y añades de pronto, como clave poética, que en mí verás todo eso trayendo de la tierra «esa veta honda de recorrido cabalístico que sólo tú descubres bajo la superficie de las ramas caídas». ¿Ves? Ahí está todo un sentido de la poesía, en esas palabras dichas intuitivamente al correr de la pluma. Y yo las leo y te siento tan cerca de mí, con ojos tan claros y abiertos, que a mí mismo me sorprendes.

¡Magnífico, Emilio! No hay cosa más espléndida para ser amigos, que esta alegría de la estupenda comprensión de las almas. Por eso tengo yo tanta fe en ti y te lo he dicho ya hace tiempo. Porque tengo fe en tu espíritu, en tu intuición, en esos relámpagos que de pronto te iluminan la frente.

Ya veo que las dos supuestas Colombinas que te acompañaban la tarde última que nos vimos, eran dos mansas corderas, llenas para ti de intangible candor. Una, la que tú llamas la ninfa de Rafael, y la otra una modesta acompañante poco menos que anónima. ¡Lo que hace la distancia! A mí, bañadas de sol en la hora ardiente, se me antojaron vestidas de colorines y hasta me pareció que tañían alegres panderos. Y probablemente irían de hábito y con paraguas.

Me escribió Rafael desde su pueblo. Pena mucho de amor, ya lo conoces, y se consume y se agota. Le hizo polvo un verso que le copié: «Supe lo que es amar porque morí a diario»[10].

En cambio veo que tu amada de un día que entre frondas del Retiro te parecía una rosa, te resultó, sí, vegetal y olorosa, pero no a puros pétalos suavísimos, sino, ay, a cocineril guisote de cebolla. Te pasó un poco lo que a Don Quijote, sólo que en aquel caballero su imaginación venció a sus sentidos. Comprendo tu carrera huyendo de los dudosos encantos de aquel aliento que tiraba de espaldas.

[10] *Así es, y se encuentra en «Bulto sin amor», poema de* Mundo a solas *(1934-1936): "Sentí diariamente que la vida es la muerte./ Supe lo que es amar porque morí a diario".*

12

Ya veo que el humano de Cossío no ha pasado todavía de las buenas palabras, sin pasar a los hechos en cuanto a colocarte. Me parece muy bien que le escribas a José María. En cuanto a señas, te diré que yo a primero de mes, contestando a una suya, le escribí a las señas que me dio de palabra todavía en Madrid: Biblioteca de Menéndez Pelayo, Santander. No me ha escrito de nuevo. De palabra también me dio las señas de Tudanca, que son sólo su nombre y Tudanca, por Torre la Vega (Santander). Me dijo que ambas direcciones eran buenas. Yo un día de estos voy a escribirle a Tudanca, por si la otra se ha perdido, y le hablaré de ti como deseas. Tú escríbele a cualquiera de las dos que te doy.

Me alegro mucho de que escribieras a Cayetano. Puesto que te fue a ver su madre, dime exactamente sus señas tal como las pusiste en el sobre. Estoy deseando volverte a ver.

Estoy deseando que resuelvas tu situación económica, pero no me gusta verte desesperado. Claro que descuento ese margen de exageración que tu magnífica veta del Sur te presta; pero de todos modos veo que sí que estás desesperado. ¿No vuelve a funcionar la Escuela de Cerámica, donde trabajaba tu padre? Si todo se reorganiza, gracias a Dios, tan satisfactoriamente, ¿es que esa escuela no va a reanudar sus enseñanzas?

Desde luego escribe a Cossío y píntale con vivos colores la situación tuya y el problema económico. Yo también voy a insistirle.

Estoy seguro que pronto se te resolverá. Entonces cesará ese frunce que desde aquí veo sobre tus ojos y que enturbia tu clara mirada. Quiero que pronto recobres tu plenitud.

Todavía me quedan que contarte cosas. Pero queda para otro día. Escríbeme pronto, siempre te espero con alegría. Tengo muchas ganas de verte, pero no creo que regresemos hasta el 20 o algo más.

Adios, Emilito. Al escribirme dime bien las señas de Cayetano: si le escribiste a él o a Juan. Te abrazo muy fuerte

Vicente

[tarjeta postal]

Miraflores 19.9.1939 Año de la Victoria

Silencioso Emilio: hace un mes te escribí contestando a tu carta, y no he vuelto a tener noticias tuyas. ¿Es el amor, la milicia, la ciencia, la que así te distrae? ¿Acaso la agricultura? A veces pienso que estarás en tu pueblo. Antes la siega, ahora la siembra... Pero todo es compatible, y protesto enérgicamente de que me hagas incompatible con la labranza, ni siquiera con cualquier género de ocupación o diversión. Yo te recuerdo siempre con todo cariño y tengo muchos deseos de volverte a ver. Creo que será pronto porque con este mes pensamos dar por terminada la tem-

porada. Ha sido magnífica. Yo me he dedicado a la naturaleza y vuelvo saturado de su esencia elemental y vivificadora. Emilito, recuerdo a tus Colombinas, tus niñas ligeras; quizá el periodismo; no sé, ¿pero en qué ríos o en qué mares agitas tus brazos poderosos? ¿En qué aguas gratas a tu agilidad juvenil ejercitas tus músculos elásticos? Todo está bien, pero olvidar a los amigos, eso ya no está bien. He creído siempre en tu gran corazón, firme para los nobles sentimientos. ¿Será posible que falle como el caduco corazón de un viejo con asma? No, no lo creo, y desde aquí te veo sonriente y oigo tus palabras casi en cascada, vehementes y cordiales. ¡Bueno, Emilito! ¡Ah! Te pedí las señas completas que pusieras a Cayetano en el sobre, y tampoco me las has dado. Ya ves, y no le he escrito, por ti. ¡Ah, perezoso, «ligero y sin amigo»! El 1° de octubre, Dios mediante, volveremos a Madrid. Te espero enseguida. Tengo muchas ganas de el primer abrazo. Mientras te lo envío, y fuerte, aunque no me hayas escrito.
Vicente

No necesitas avisarme para ir a casa de mis tíos, como siempre. Ve en cuanto puedas, por mí el 2 ya te espero. Escribí a Cossío hablándole de tu asunto.

Madrid 4 –enero– 1940

Queridos Emilio y Rafael: os escribo a los dos, aunque lo probable es que sólo tú, Emilito endiablado, seas el que me leas en la virginal apertura. (Me refiero, ¡claro!, a la del sobre.) Tú, Rafael Pedrísimo, no estarás, pues de seguro cuando ésta llegue a la patria del Arcipreste II tú estarás, quizá, charlando aquí conmigo en esta tu casa. Pero quiero escribiros a los dos. Vuestra carta llegó a mis manos con toda oportunidad. Ya te estaba yo echando de menos, Emilio, y te iba a poner una postal a Galileo comunicándote mi mudanza. Pero ¡ay! ya veo que has empezado la nueva etapa de tu vida, a base de los negocios industriales y lozanos (lozanos, de loza) que te prometías. Vamos a tener que tomar un definitivo odio a tu tío Felipe, que te nos arrebata para hundirte en la sima del papeleo y las cuentas, de la tinta a emplear no el noble arte de la escritura, sino el más bajo menester del libro de Caja. Rafael y yo, cuando él esté aquí, te vamos a echar desgarradoramente de menos, y las juerguecillas poéticas, licoreras y más o menos platónicas, se van a encontrar empalidecidas con la ausencia de tu relampagueante persona. ¿Qué te parece? Yo tenía un vasto programa a base de alegría, buen humor y gritos a la luna, que ahora se nos cae al suelo. Tú, lunático n° 1, «soleado» lunático, porque tienes no sé qué cosa matinal que pondría en fuga con salero a la luna avergonzada, eras un poco grano de pimienta en esa especie de juergueci-

llas platónicas que yo tenía proyectadas. José Luis sería de la pandilla, él, el lunático perfecto, que defendería a la luna de sus soleadas acometidas. Pero a ti acabaríamos viéndote alguna noche borracho de luna, porque tú haces a todo, y estoy seguro que no tendrías inconveniente en besarla una noche en su resplandeciente y un poco bobalicona faz. Mientras, Rafael, grandullón y lírico, lloraría lágrimas gordas, brillantes, como buenos versos redondos, golpeándose ruidosamente el pecho con sus manos calientes. ¡Qué gran programa! En fin, confío en verte por aquí alguna vez, aunque sea entre dos asientos del Libro de Caja. Estas visitas te serán necesarias, para que te sacudas el polvo del pupitre o del escritorio, para que sonriente y ligero te refresques en nuestra compañía y olvides por unas horas la acreditada fábrica de loza de Talavera que hace casi cien años fundó tu bisabuelo. (¿Estoy enterado?)

Leí vuestra carta a José Luis[11], que me da recuerdos para ti, Emilio. A Rafael lo conocerá aquí. La otra noche le leí unos versos que tú no conoces (¿cómo los vas a conocer si ya no vienes?). Esas lecturas estaban en nuestro programa de embriagales. Decía un gran poeta de hace un siglo, que había siempre que embriagarse de algo: de vino, de poesía o de virtud. El que lo decía, Baudelaire, se embriagó mucho de vino, más aún de poesía, pero muy poco de virtud, y si no que lo diga Juana Duval (aunque la pobre pudre bajo tierra hace 80 años), una negra con la que vivía y que le daba horribles disgustos, de los que brotaban magníficos poemas. Tú, jóven entonado y discretísimo, espero que no le imites y que te embriagues sólo de virtud, honestamente, sin vivir con ninguna negra, se llame Juana o Encarnación o como quiera que sea.

Espero que vayas de caza con tu primo Matiitas (¿se llama así o lo he soñado yo?) y que tires a las tórtolas, a las calandrias y a otros pájaros tan poéticos, que encierran en sus gargantas la silvestre canción de los campos, siquiera posean poca carne, cosa de escasa importancia para un ascético muchacho como tú. Pero ¡ay! me temo que sucumbas a las tentaciones de la carne y tires a los conejos, a las liebres y a las suculentas perdices.

Tú, Rafael fantasma (fantasma porque no estarás ahí) espero que hayas recibido mi postal en que te avisaba que la matrícula para el examen de ingreso en la Universidad se abre (se abrió) el 3 y se cerrará el 15 (no sé si el 15 o el 11).

En fin, ¿qué más? Ahora ya sólo felicitaros por la entrada de año. Mis deseos para vosotros los conocéis: felicidad, alegría, abundancia, etc. etc. Que en el año 1940 nos veamos mucho y que juntos disfrutemos los

[11] *José Luis Cano (Cádiz, 1912), poeta y crítico. Publicó su primer libro de poemas,* Sonetos de la bahía, *en 1942. En 1986 publicó la correspondencia que Aleixandre le remitiera: Vicente Aleixandre,* Epistolario *(1939-1976), Selección, prólogo y notas de José Luis Cano, Alianza Editorial, Madrid.*

magníficos placeres de la amistad, a la cual los tres somos fieles, porque conocemos que es una de las cosas más buenas del mundo. Es una magnífica fuente de alegría, que nace directamente del corazón. ¿Estáis conformes? Pues entonces, como si cenáramos juntos para festejar la entrada del Año, levantemos el vaso (no siempre se ha de decir copa levantando un vaso) y brindemos por las cosas grandes y entre ellas por nuestra amistad, alegre, profunda y llena de garbo. Por ti, Emilio, por ti, Rafael: por los tres, cris... cris...cris. (Hasta el sonido de los vasos). Os habéis bebido el champán-peleón de un trago. (Prohibido beber en el gollete de la botella). ¡Adiós, adiós! Escribe, Emilio. A ti, Rafael, te espero.

Miles de abrazos a los dos.

Vicente

¿Van bien tus señas? Dímelo.

Madrid, 13 de noviembre 42

Querido Emilio: tengo una carta tuya que me está ahora mismo increpando por el tiempo pasado desde que la recibí. Hace un mes te hubiera contestado, pero ese tiempo llevo sin buena salud y con una desgana total para la pluma. La compañía de mis amigos me anima, pero algunas molestias de riñón y un estado general poco satisfactorio me tienen desconocido: no escribo nada, ni siquiera cartas. Quisiera que el tiempo pasara deprisa, a ver si su paso me sacaba de este estado y me volvía a mi ser, a mi equilibrio apasionado, sin el que me desconozco. ¡Cuántas veces pienso, y me siento, en este cuerpo-cárcel que me ha tocado vivir! Mezquina prisión para un alma robusta que se siente oprimida. Tristeza o ira, una tensa melancolía me proveen estos largos días y semanas, con vaticinios inciertos y pesimistas para mi salud, desde este cuerpo que siento ahora tirar hacia abajo, mientras el espíritu, con sus alas intactas, no se conforma y se debate en la desesperada impotencia. ¡Pobre de mí, que no nací para la habitación donde me asfixio!

Pero déjame que me olvide un rato charlando contigo. Tu alegría, tu contento y esa actitud como de «jugársela» a la vida feroz, me agradan y alivian ahora mientras te evoco escribiéndote en esta noche desapacible, primera de un invierno terrible.

Por Rafael sé que pronto irás a Talavera a la boda de tu tía María. ¿Arreglarás entonces tu definitivo abandono de ese crítico continente, poco amable ciertamente en el presente curso? Ya lo voy dudando. Me parece que tu servicio entero te lo vas a cargar en esa Ceuta de tus pecados juveniles. Lo siento, Emilioto; me gustaba verte asentado por aquí, y disfrutar de tu compañía en muchos buenos ratos, continuadores de tan-

tos otros, desde los primeros que compartimos hace ya casi siete años en la amable cercanía y trato de nuestro inolvidable «Gualterio».

Algunas veces, entre mis libros, entre mis escritos, me acuerdo de él, tan bullidor y comprensivo, tan silencioso y tenaz en sus signos de inteligencia. ¡Qué buena compañía me daba! Su ojo benévolo solía entender sin duda, y el lujo de su brillante movilidad.

Versos no te voy a mandar ahora. Si al fin te quedas en Madrid allí nos veremos en octubre cuando yo regrese; allí te leeré todo lo que tú quieras.

Ahora trabajo poco, pero he trabajado bastante y tengo muchas cosas que no conoces y que se agrupan para mi futuro libro de *Sombra del Paraíso*[12]. Espero que aun cuando no te quedes fijo en Madrid, a tu paso nos veremos, si es tu regreso a África después de los primeros días de octubre.

De nuestro Rafaelazo sabrás que salieron al fin, en laboriosísimo parto, sus sonetos en *Escorial.* No he visto el número, pero sí las pruebas. Antes habían salido en *Medina* dos poemas o tres de nuestro amigo. Ahora está el poeta hecho polvo en su campamento estival, haciendo una vida algo dura y arrojando venablos en todas sus cartas. Está el hombre que *muerde.*

Le suspendieron en griego y en latín. Para idiomas es, me parece, poco fluido, quiero decir, bastante «negado», lo cual no quiere decir sino que su lengua y mente son tan de esta tierra castellana que se resisten a adaptarse a otra expresión. Tales suspensos complican su curso del año que viene. Dios quiera que pueda sacar adelante el curso entero próximo más esas dos asignaturas rezagadas.

José Luis está imprimiendo su libro de *Sonetos de la Bahía,* donde hay una luminosidad y un brillo, melancólico o embriagado, que te gustarán. Ama a su bahía con sentimiento de fusión amorosa, y se trasfunda con ella con sabor de cuerpo humano, tangible o añorado.

Carlos Spiteri también imprime su libro –de edición privada– *Hasta que la voz descanse.* Libro abrupto y pedregoso, se salva por algunos destellos de poesía verdadera en medio de un instrumento verbal que se le resiste.

De Pepe no sé este verano. Antes de venirme me leyó dos guiones de cine. Estaban muy bien y me alegraría se los rodasen. Para la poesía está pedregoso, él que es tan poeta de alma y de sangre. Le regaño mucho y él se ríe. Vive y se divierte: hace bien.

Bueno, Emilio, no dirás que no te cuento cosas. Escríbeme de vez en cuando: yo contesto siempre. Hazlo cuando tengas ganas.

Y no seas réprobo. Entonces tendrías que borrar tantas dedicatorias como te puse en *La destrucción o el amor* y el libro mismo un día se «desintegraría», se haría humo y desaparecería un día que fueras a buscarlo.

[12] *Publicado en 1944.*

En nombre de la sección de «recuperación» te envío un fuerte abrazo, intercontinental, en el día de tus 23 años, X meses y X días.

Vicente

La Toja, 5, septiembre 1943

Querido Emilio: ¿te sorprende saberme aquí, en esta islilla encantadora adonde me han mandado tu carta? Nos hemos venido aquí, en busca del mar. Lo teníamos planeado desde la primavera pasada. Está mi familia de Españoleto y ellos han sido los animadores, aunque la fuerza principal sea la atracción del mar, que a mí me da vida, me exalta. Llevo aquí nada más que tres o cuatro días y gozo enormemente, en esta diminuta isla paradisíaca, posada suavemente sobre un brazo de mar, y poblada de un bosquecillo de pinos, y de palmeras, bajo un viento marino fuerte que halagadoramente te bate el pecho, las piernas, el cuerpo todo, y te llena de alegría y de vitalidad y de deseo.

El viaje fue agotador, porque esto es «la fin del mundo»; pero no estoy arrepentido, aunque llegué hecho migas. El mundo queda lejos. No hay radio, los periódicos o no llegan o llegan viejísimos. Aquí no nos enteramos de nada, lo que no es poca dicha. Queden allá los hombres con sus violencias y sus asechanzas y sus destrucciones; aquí el mar azul, la espuma leve, la delicada gaviota, «la arena no pisada por la planta del hombre»: aquí la naturaleza sometiéndome a su unidad, y yo dichoso en mi «unidad en ella».

Un instantáneo olvido me hace feliz, y con agradecimiento llevaré más tarde esta islilla mágica a mi *Sombra del Paraíso*, donde tiene que estar, allí con otros paisajes, como la «Ciudad del Paraíso» (¿te acuerdas?), mi Málaga[13]. Todo sublimado y unificado en un paraíso donde yo ahora, antes o después he sido dichoso. Eso es, más o menos, mi libro: evocación de tierras o edades donde el ala de la felicidad me rozó con su pluma... o donde pudo rozarme. Evocación dolorosa porque se hace ante un bien perdido. (Yo soy un poeta romántico.)

Tu carta me [ha] alegrado muchísimo. Te confieso mi pereza en escribirte. Acaso influyó, ya ves, mi creencia de que el perezoso serías tú en contestarme. Gran Emiliote: el réprobo he sido ahora yo y tú el constante y fiel.

Me das además la agradable sorpresa de un nuevo poeta, amigo tuyo, en trance de nacimiento. Julio Maruri[14]: no es mal nombre. Suerte ha

[13] *Aleixandre nació en Sevilla (1898), pasó su infancia en Málaga y se estableció definitivamente en Madrid en 1911.*

[14] *Julio Maruri, poeta santanderino (1920). Sus primeros libros fueron* Las aves y los niños *(1945) y* Los años *(1947). Ingresó como novicio carmelita en 1950 con el nombre de fray Casto del Niño Jesús.*

tenido con encontrarte, a ti que oportunísimo le salvas de su naufragio y le guías hacia la poesía, hacia donde pueda encontrarse y hallar su corazón, y alentar y exaltar su capacidad de entusiasmo. Esto es lo primero para un poeta naciente: sumirse en una atmósfera de entusiasmo, y con verdad y con desnudez empaparse de una luz que le sea fértil.

Las palabras que él te escribió, sin saber que yo las leería, han despertado mis simpatías, precisamente por la desbordante sinceridad de su entusiasmo. Se le ve emocionado, arrancando enseguida con vértigo en un poema caudaloso, enormemente sincero, donde se presiente sin vacilación el temperamento de un poeta. ¡Bien por tu amigo Julio!

Su generoso fuego, que le hace irrumpir, según me dices, en otros seguidos ocho o diez poemas de vena semejante, me hace ver que no es el maestrito incipiente que trabaja sus versos en palitos, sino el muchacho que peca por exceso (que así no es pecado) porque le sale del pecho un borbotón que luego habrá tiempo de reprimir y de adensar. Las juveniles facultades están ahí, y ay del poeta joven que empieza extreñidamente sacándose un soneto o una décima después de sudar el quilo y le sale una especie de pálida «cagadita». Ese está perdido y puede despedirse de su poeta.

Cuando estemos de vuelta en Madrid me gustará que le lleves por Velintonia[15], para que entre en nuestra atmósfera, si eso ha de ser para él una alegría. Ahora ya le puedes decir que me has hablado de él y que estoy contento de saber que existe. Por lo que tú me dices, por sus versos y por las entusiastas palabras que te escribe y me mandas, veo que seremos amigos.

Del otro asunto de que me hablas estaba algo enterado por José Luis, que me lo escribió. ¡Qué tío más malo! ¿Y quién es? No me acuerdo de él exactamente; pero se le ve terco en el rencor. Se le ve la rabia de la impotencia. Debes despreciarle. Cuando vea que no te pueda hacer ya daño, cejará en su furor. Sólo merece que le escupas.

Nada de Rafael, que no me escribe hace mucho, aunque tiene o debe tener una carta mía hace un mes.

Al mismo tiempo que la tuya me llega una carta de Vicente Gaos. ¿Sabes que está planeando la fundación de una Editorial? Está muy entusiasmando y también lo estaba José Luis; pero últimamente me escribe éste de fallidas y quebradas editoriales *[falta el final de la carta]... [falta el principio de la carta]* permitía a la absorta imaginación contemplarle su fatiga, con vuelo y descanso al mismo tiempo, quietamente disparada desde sus giros a la región de los sueños, donde otros peces simultáneos daban descanso y estímulo también a otras almas sin cuerpos.

[15] *Velintonia núm. 3, hoy calle Vicente Aleixandre, donde vivió y murió el poeta.*

Ahora no tengo peces de color. Rafael rima, y otros amigos, en vano intentando en cierto modo imitarlos; como quizá yo mismo. Pero no sabemos.

José Luis, pez acaso más brillante en lo último, como remembranza de aquel resplandor de su bahía, me trajo ayer el primer ejemplar nacido de su libro de Sonetos. Luminoso librito, trémulo de un resplandor intacto, poesía con resonancia de un mar amoroso, de playa buscadora de un pie desnudo, de mitológica arena por donde sólo candorosas diosas desnudas y tempranas o diosecillos niños pueden pasar, deslumbradoramente.

Te destina el poeta, el delicado y apasionado poeta, un ejemplar, que te da con gusto. Ya dirás si vas a recogerlo pronto en Madrid o si habrá que remitírtelo.

Carlos Spiteri tiene el suyo en pruebas y también te enviará un ejemplar.

Sólo nuestro Rafael no tiene editor para esos pobres toros, que mugen en su lejanía, como sombras que piden cuerpo, bulto, que se les niega. Otro amigo mío, Ricardo, director de una revista, *Corcel*[15a], revista de poesía, de inminente salida, va a enviar tales toros a Valencia (su tierra) a ver si allí encuentra editor.

Rafael ha empezado su curso. Le vi hace cuatro días, un poco más flaco que de costumbre, resto de un agitado verano en La Granja, y dispuesto a sacar su curso más el latín y el griego en que fue en junio suspendido. No me ha traído tu artículo sobre él.

Pepe está en su tierra. Todavía no le he visto y no sé cuando vendrá. De él hablaba yo el otro día con Eduardo Vicente, el pintor, que vino a verme con Pepe la primavera pasada y que ha vuelto ahora. Está Eduardo pintando unos frescos en la Catedral de Orihuela, que serán algo bello, sin duda. Es una labor en que trabaja desde hace meses. Ahora vive bien; tiene además un buen contrato con la galería Biosca y se le ve contento y hasta «elegantizado.» Es simpático, con simpatía de pintor, y somos amigos. En Orihuela se ha hecho amigo del hermano de Ramón Sijé, y vino a traerme unos cuentos de su amigo, que me los enviaban.

Aún te contaré más cosas de otros amigos: Manolita, Landínez, etc. entes desconocidos para ti, que acaso te gustarían. Pero si al fin vienes a vivir a Madrid, los conocerás.

Déjame saber de ti. Recuerda mucho a tu amigo
Vicente

que en la posdata te abraza

[15a] Corcel, *revista literaria de Valencia (1942-1949), cuyo director fue Ricardo Juan Blasco. Carlos Spiteri: el poeta Carlos Rodríguez Spiteri.*

20

[Postal]
Madrid, 16.4.45

Querido Emilio: estoy en cama con un enfriamiento, pero no quiero que pases por La Coruña sin saber de mí. Recibí tus cartas y tu postal y ya veo andas de éxito en éxito o poco menos. A Julio Maruri le entregué ayer tu carta. Rafaelote vino hace cuatro o cinco días con Remedios: había recibido tu carta. Supongo lo estás pasando muy bien, *viendo mundo* y dándote buena vida. El ex-agricultor es ahora un experimentado ceramista. A ver si se te estabiliza un poco la cosa y puedes dar por encontrada tu definitiva orientación.

Dentro de unos días operarán a mi hermana[16] de apendicitis. Está bien, pero dicen los médicos es aconsejable.

La nueva edición de *La destrucción o el amor* sale dentro de unos días.

Adiós, adiós, Emilioto, que siga la buena cosecha. Te recuerdo y abrazo fuerte

Vicente

Madrid, 21 de enero 1946

Querido Emilio: he apurado tanto las fechas para felicitarte en las inmediaciones de tu boda, que no sé si llegaré a tiempo de que recibas ésta antes de que emprendas el viaje de novios, feliz ya en la venturosa coyunda que tanto has anhelado.

Rememoro los viejos tiempos, cuando eras el juvenil y travieso autor de tu folletín en *El sol,* o cuando me escribías aquella graciosa y fresca carta en tus «diez y nueve años y un día». Ahora te veo entrar, alegre siempre, en el respetable gremio de los hombres casados, y al tiempo que hago en mi memoria el resumen de gozosos y de azarosos tiempos te mando la felicitación más verdadera y el deseo de que la alegría te acompañe toda la vida, siempre inalterable al paso de las horas y de los años, primero en tu estado de casado nuevo, luego ascendido al de padre de familia y por fin, patriarcal y benévolo, al de sonriente y blanco abuelo que se ve rodeado de los de su sangre y asegurado en cierto modo contra la muerte.

No hay sino decir amén.

Algo quisiera mandarte como recuerdo y aguardaré a algún viaje que haga Rafael a vuestra tierra.

A Purita dile cuánto deseo vuestra dicha segura, y para ti el fuerte abrazo intemporal de

Vicente

[16] *Conchita Aleixandre*

Miraflores de la Sierra (Madrid 21 julio 1946)

Querido Emilio: mucho me gustó recibir tu carta. Aquí me tienes en Miraflores, como cuando me vine aquel primer año que nos conocimos. ¿Te acordaste que nuestra amistad cumplió esta primavera diez años? ¡Dos lustros, para decirlo de modo más solemne!

Voy a darte las señas de mi sobrino, no se me olvide: D. Fernando Arjola. Trinitarios, 3, Seminario. *Valencia.* Se alegrará mucho de recibir tu carta. Está muy contento y es plenamente feliz.

Lo que me dices de Gaos[17] me ha apenado. No me ha extrañado demasiado, sin que lo esperase. Vino en junio a examinarse a Madrid, y vino bastante por casa. Charlamos mucho de su matrimonio. Me decía que no le era difícil obtener dinero para su boda, pero más bien me hablaba de un préstamo del Monte de Piedad o cosa parecida. Estaba lleno de problemas económicos, debatiéndose, como siempre, entre sus proyectos y sus realidades. En la petición que te ha hecho ha creído, sin duda, que el modo de obligarte no traspasaba determinados límites en tu ánimo. Todo lo ha calculado en frío (es terrible) y ha supuesto que arrancarrá tu asentimiento, sin producirte esa sensación de repugnancia de que me hablas. Estoy seguro que ha compuesto su petición como una obra de arte; pero se ha equivocado en la mezcla de los ingredientes.

La miseria humana es terrible, querido Emilio, y hay que contar con ella. No esperemos nunca seres puros, desinteresados. El bueno es malo y el malo es bueno. Ahora (o antes) te sorprendes de Rafael y me dices que estás desengañado. Le veías poeta, alegre, apasionado. Ahora lo ves cobarde, calculador, interesado, te pones triste. Llegada determinada hora, ni un solo hombre quizá da el metal puro en el crisol. Todos tienen su debilidad, a cuya hora presentarán una cara que no esperaríamos. Pero no reneguemos por entero, entonces, de ellos. Nos quedaríamos solos. Nadie, nadie está hecho de la materia de los ángeles (nadie es, *en el sentido absoluto,* lo que llamaríamos «el hombre honrado»). Pidamos, todo lo más, no conocer del todo a los que amamos. Sólo su noventa por ciento. Y quédesenos en la sombra (si no somos bastante fuertes para resistirlo, y ay, no solemos serlo) su zona oscura, invisible a diario: su posibilidad de cobardía, o de crueldad, o de engaño... En los mejores, eso suele ir encerrado, hasta sin saberlo sus dueños, en una cápsula que lo aísla del alma que amamos y que vemos (y es) pura, generosa, alegre, contagiadora. Horas hay en que la cápsula o se quiebra o rezuma, y esa

[17] *El 24 de junio y el 3 de julio de 1946, Vicente Gaos escribe a Emilio Niveiro sendas cartas en las que, con el pretexto de querer casarse a primeros de agosto, le pide que le avale ante El Monte de Piedad, o bien que le de él directamente el préstamo, en dos veces, prometiéndole devolvérselo antes de octubre, fecha en la que tenía previsto irse a París.*

alma nos parecería otra (nos lo parece: tú lo ves) y nos llamaríamos a engaño. En unos no lo conoceremos nunca; en otros, la vida da ocasión para que veamos esa alma en su hora enturbiada, y proclamamos nuestro desengaño. La acumulación de ese conocimiento da mucha tristeza a lo largo de la vida, pero, créelo, también da benignidad y da tolerancia.

Hoy mi carta también es un poco triste. Pero tú estás alegre y eres feliz, y tienes que serlo. Estaré aquí hasta fin de septiembre. Escríbeme cuando tengas ganas. Un fuerte abrazo de diez años te envío hoy.

Vicente

Miraflores de la Sierra, 20.8.46

Querido Emilio: sí que has tenido mala suerte con caer enfermo con esa pleuresía tan fastidiosa. ¡Pobre Emilioto! Menos mal que eres fuerte y echarás pronto fuera los restos de ella, y en el campo acabarás de reponerte y olvidar su paso por tu cuerpo. Está visto que en este mundo la felicidad siempre está amenazada. El amor es una cosa hermosa (para mí lo más hermoso de la vida), pero yo creo que lo vemos aún más precioso porque todo conspira contra él en este bajo mundo: la enfermedad, los cuidados de la vida, nuestra propia inconstante naturaleza. En tu caso has pagado este pequeño escote a una dicha de que estabas gozando, y que tampoco te ha sido totalmente retirada, ni mucho menos. Unos meses de embriaguez y plenitud; de pronto, la enfermedad: una temporada de dolores y contrariedades, lo comprendo. Pero con tu mujer al lado, consolando al querido enfermo, y después, de nuevo la salud, la alegría y con ellas la plenitud del amor. No te quejes entonces demasiado: esto no es sino un pequeño paréntesis, y tampoco completo, puesto que no tienes que separarte de tu amor, que es lo solo terrible. Cuando no hay separación todo se conlleva, y el amor mismo ayuda y las penillas hasta son dulces.

Espero que te cuides, y no sólo reposando como te manda el médico, y sobrealimentándote, como te habrán ordenado (¡vaya gordales que se nos va a poner el buen Emilioto!). Espero que seas reflexivo contra los ímpetus del amor. Por Dios, Emilio, que te conozco: contente y nada de plenitudes amorosas. Aunque estés en la luna de miel piensa que todo desgaste es malísimo mientras estés enfermo; sé sabio y prudente, que cuando estés bueno (y si te cuidas de veras no tardarás) tendrás libre el amor de vida y alma, y que antes te puede ser funesto y echarlo todo a perder. En tus manos tienes tu salud.

Ya sé que todo esto lo habrás pensado, pero no está de más que yo te lo recuerde porque los médicos son absurdos y se callan por prejuicios y falsos respetos.

Supongo que en ese pueblecillo estaréis bastante solos, lo que después de todo para ti no es una desgracia. Nunca, ni a ti ni a Rafael, he oído

hablar de ese nombre. Lo supongo muy sano y fresco, con lo que te quitarás del enorme calor que me describes.

Ya veo que piensas que Rafael te huirá. ¿Pero tan absurdamente aprensivo se ha hecho? Lo que no comprendo es eso de que sus padres no pregunten por ti. ¿Pero ha pasado algo entre vosotros? Me hablas de chismes de pueblo. Pero ¿los ha habido hasta ese punto, concretamente? De Rafael la última carta es de hace un mes y pico; y ni ahora ni antes me ha dicho de eso nunca una palabra. Ni se ha quejado de ti, ni ha aludido a distanciamientos. Cuando te casaste me habló de tu boda, pero como siempre, y no noté nada de todo eso que temes y dices.

En la colección Adonais voy a dar en octubre mi libro americano, *Pasión de la Tierra,* del que no hay edición española. Tú eres de los poquísimos (¡y tan pocos!) que aquí tienen ese libro. Pero como saldrá con cuatro o seis poemas inéditos que entonces no incluí, te lo voy a regalar. Así serás de los escasos que posean las dos ediciones, no iguales. Ahora el libro sale completo.

De Gaos no he tenido noticias. A mí no me ha pedido dinero. Me debe 300 pesetas de hace dos años (o año y medio) y no se atreve. Hace muy bien. En cambio sé que a Spiteri le ha pedido hace un mes 500 pesetas, que no ha conseguido. Es una lástima todas esas dificultades de Vicente, y esas soluciones violentadoras a que se lanza. Yo lo siento de verdad, porque le quisiera con su vida mejor estabilizada. En Madrid charlamos mucho en junio y le vi decidido a casarse, pero sin solución. Veremos si algún día consigue un poco de seguridad, que le está haciendo falta. Si se casa, el invierno va a estar lleno de dificultades.

Esto no me sienta mal. Voy sorteando los fríos (que ya los hace), evitando, hasta ahora, esos enfriamientos que me meten en cama en cuanto me descuido. Hago vida solitaria. Leo mucho. Paseo poco. Y vivo sobre esta tierra y bajo este cielo, donde seguiré hasta fin de septiembre.

Bueno, gran Emilio: que te pongas bueno. Dime, cuando puedas, que estás mejor. Te recuerdo mucho y te vaticino (soy vate) mucha felicidad y mucho amor (que es lo mismo).

Un abrazo muy fuerte de

Vicente

Espero que tu temporal separación del alfar no te traerá disgustos.

Madrid, 1 de enero de 1947

Querido Emilio: esta es la primera carta del año. Que éste sea leve, y más que leve pródigo en bienes y alegrías. Acabo de releer tu carta, recibida hace pocos días, y me sonrío viendo el cuadro de bienestar y con-

fortamiento que me describes, como para poner a uno los dientes largos. Tienes la gran suerte, y hasta eso que pareció fístula y no lo es, ha desaparecido o está en vías de curación. Tienes a Purita al lado: amor, bienestar; calor y luz, que podríamos decir a la manera poética. Eres grande, Emilioto, y no sabes lo que me alegro de que seas feliz.

Yo estoy como siempre. Aquí, haciendo lo que se puede, luchando con salud deficiente; maldiciendo mi cuerpo serrano, a algunas horas, y a otras olvidándome de ello, cuando puedo ponerle dos banderillas a la noche profunda. En fin, ¿para qué contarte? Yo nací para un destino, y lo cumplo, que es el de maldecir de no ser lo que yo sería. Así somos los poetas cuando paradójicamente nos quejamos de no cumplir nuestro destino, cumpliéndolo.

Ahora acaba de salir *Pasión de la tierra,* metida en esa edición de Adonais que le viene chica, aunque sea simpática. Me encontré en que eras suscriptor y entonces, como yo quería regalarte algo de este libro, decidí que te enviaría un ejemplar de «lujo», en lugar del corriente de tu suscripción. Esta mañana lo he cogido, te lo he dedicado y se lo he dado a José Luis para que él lo ponga en correos. El libro aunque abulta menos, al parecer, que la primera edición que antaño te regalé, es mayor. Lleva siete poemas nuevos, a más de los antiguos (poemas que se quedaron inéditos entonces) y lleva un prólogo que he escrito ahora y que te interesará. No es largo, pero lo considero significativo, para el libro y para el que se ocupe de mi poesía. Léetelo bien. El «lujo» de la tirada cuyo ejemplar te mando sólo consiste en que el papel es más blanco y la cubierta más fuerte, de cartulina color crema. Ya conoces esos ejemplares, de formato igual al resto de la edición. No me han hecho ejemplares de formato distinto.

¡Si vieras qué raro me hace veros distanciados a Rafael y a ti! Nunca creí que esto pudiera pasar. Yo siempre os tuve como si fuerais hermanos, amigos desde chicos, y creía, sin pararme a pensarlo, que sería así toda la vida. Es más, siempre pensé que entre vosotros erais más amigos que ninguno de los dos pudiera serlo de mí, ni de nadie, y me parecía lo natural. Rafael no me dice una palabra de todo ello: hasta ahora no se ha referido a eso. Tú me hablas, pero yo no quiero decirle nada. Quiero ser amigo de los dos, y tengo esperanza de que algún día os volváis a arreglar.

Como conservas tu espíritu diablillo, como en tus «floridos diez y siete años», haces una pequeña sátira, bastante graciosa, del discurso de Rafael en la fiesta local en honor de Marquina. Me parece que exageras, Emilioto. Lo más salado es eso de que fueran tan amigos. Pero me parece que tu gracia (que la tiene, y de solera) te ha hecho recargar las tintas en la descripción. Algunos de los rasgos son demasiados «preciosos», de mano «artística». Eso sí: graciosos, que me han hecho reír.

Este año no salen nuevos poetas. No siempre ha de haber revelaciones de bulto. De los amigos, poco te puedo contar. Lo más sobresaliente es el viaje a Méjico de Carlos Bousoño, que ha ido por unos meses y que está terminando con éxito grande. De Maruri no sé nada hace tiempo. Allá en su Santander vive y este invierno está mejor económicamente. El que está muy mal de salud es Hidalgo[18]: enfermo del pecho, y desahuciado. Morirá si Dios no lo remedia, en plazo breve. Está en un sanatorio de Chamartín. Dentro de un par de números verás en Adonais su último libro, de tristísimo título: *Los Muertos*. No sé si lo verá vivo. Lo escribió con salud y resultó profético. Unos dichosos, otros muertos: horrible vida ésta sin sentido.

Bueno, Emilio, ¿se te arreglará lo de tu viaje a Inglaterra? Si no se te arregla, otra vez será. Todo te sonríe. Disfruta, vive, ama, ¿qué más se puede pedir? Que la salud y la dicha te sonrían mucho tiempo. Adiós, adiós. Un abrazo talaverano de

Vicente

Madrid, 6 de julio 1949

Querido Emilio: Mucha alegría me ha producido recibir tu carta de felicitación. Yo también recuerdo, y bien vivo, todo el itinerario sentimental que me trazas, desde tus famosos diez y siete años, pasando por aquella más famosa carta de tus «diez y nueve años y un día», escrita en febrero de 1938. ¡Cuántas cosas buenas y no olvidadas! Siempre te recuerdo y aunque tu tránsito por la literatura haya sido fugaz, fiebre estallada de adolescencia aún más que de juventud, son años y memorias enlazados a tantas cosas buenas que es imposible olvidarlas.

El otro día tuve carta de Salinas y recordé tu artículo sobre su *Razón de Amor* y no pude menos de sonreírme. Sigue en mi cuarto de estar tu plato talaverano, prez de poesía y amistad que continuamente te me recuerda. A los amigos los veo y todos los que me citas siguen lo mismo que siempre. Los que viven en Madrid son mis más fieles amistades, porque el tiempo no existe, a esos efectos.

Ya sé que trabajas en tu Alfar y sé que eres feliz en tu vida de hogar. Me sonrío siempre pensando en tu febril y pasional juventud primera y en lo útil de tantos fuegos que ahora se centran y remansan para darte felicidad en tu hogar. Todo está bien, Emilio, y con verdad te digo: «Que sea por muchos años». Escogiste la mejor parte.

[18] *José Luis Hidalgo (Torres, Santander, 1919-Madrid 1947). Ciertamente, su libro* Los muertos *se publicó ese año, póstumamente.*

26

Me voy a Miraflores. ¿Ves? Nada ha cambiado. Te mando un abrazo sin tiempo, sin Academia[19] o con ella: es igual. Hasta siempre,

Vicente

Madrid, 3.12.54

Querido Emilio: Tu carta, bien recibida, traía un eco de melancolía. Tu decepción de la lectura de Federico era como un llanto sobre la ida juventud. Para reconfortarte un poco te diré que dentro de veinte o de treinta años, cuando vuelvas a leer a Federico, te sorprenderá a lo mejor lo muchísimo que te gusta. Y te asombrará sentirlo como hace otros veinte años. Y es que nuestra sensibilidad evoluciona, la de las épocas, y con ella el gusto. Federico, para esa evolución del gusto, está en su peor momento. Hoy se pide difusamente a la poesía pensamiento y sentimiento, y no es la fantasía, el vehículo sensorial, la puerta preferida de entrada para la poesía. Los poetas, o las zonas de ellos donde la fantasía predominó son zonas disminuidas para este momento de la sensibilidad y resultan insípidas o inoperantes, y se caen de las manos.

En la evolución de la sensibilidad, (que son ciclos de rotación) dentro de bastantes años, Federico te volverá a gustar. Ahora, para ti, y para muchos, pasa por su purgatorio.

Hay un ejemplo de esto sobrecogedor. En 1935, lo recuerdo muy bien, Antonio Machado *no le gustaba nada* a Miguel[20]. ¿Era mal poeta Machado? No, pero para aquel momento de la sensibilidad, Machado quedaba lejos. Hoy está lleno de presencia. El no ha variado: ha variado el gusto, y en la evolución de tu sensibilidad él puede ofrecer con riqueza hoy lo que se pide a la poesía predominante: sentimiento y pensamiento.

De modo que puedes quedarte tranquilo. En 1927 se juraba por Góngora. Hoy se dice que de los clásicos el amo es Quevedo. Dentro de 20 años Quevedo –sin perder su situación de clásico, como no la ha perdido Góngora– encontrará a su Miguel de la época que diga que no le satisface, como le sucedía a Machado hace unas décadas.

Así que alégrate y di que Federico por el momento no te interesa ni te sabe a nada. Y tendrás razón, y él también. Y os volveréis a reunir dentro de 20, de 30 años. O se reunirá con tus hijos, dentro de 50.

Isabel Gª Lorca fue la que me pidió para el volumen mi semblanza de Federico. Y se la di, como puedes figurarte, con alegría. Hay en el tomo una foto en que estoy yo, y que yo no recordaba. Como todas, las dio la familia.

[19] *Aleixandre fue nombrado académico ese mismo año (1949).*

[20] *Miguel Hernández, a quien Niveiro también conoció y de quien se publicó un poema en la efímera revista talaverana* Rumbos, *ligeramente cambiado en su edición definitiva.*

Te veo hasta con tertulia literaria. Con una nueva generación talaverana. Surgen nuevos poetas, y tus contemporáneos ya son casi hombres de cierta madurez. Mañana damos el Premio Adonais, con un jurado que presido yo, y ya será, seguramente, para la novísima promoción. Por aquí vienen poetas que tienen la edad que tú tenías cuando viniste en 1936 por Velintonia. ¡El tiempo!

Adiós, gran Emilio. Se te recuerda siempre. A Rafael le veo; trabaja mucho para ganar el pan. Su pequeña siempre quiere venir «a casa de Vicente».

Adiós, adiós, y abrazos buenos,

Vicente

Madrid, 7.12.55

Querido Emilio: Hace un mes en la Academia te di un abrazo, pero entre tantos, apenas te pude decir nada. Luego he visto en *Índice* un artículo tuyo que me ha conmovido. ¡Fiel Emilio! Me he visto allí, contigo y con Rafael, en aquellas tardes de hace casi 20 años. «¡Puras y alegres tardes del pasado!» que diría Manolito Altolaguirre.

Has acertado ahí a evocar todo, y a mover tu corazón de modo que se sientan allí sus latidos. Latidos de la fidelidad a lo vivido.

Hace unas horas escribía yo a Julio, a su Carmelo de Begoña, y le decía yo que te iba a escribir. ¿No vienes por Madrid? Me gustaría charlar contigo en una de tus escapatorias. A Julio no le veo hace mucho, pero sé de él. Hizo sus votos en verano y en 1957 será sacerdote. «Cuando en mi mano, rey Eterno, os miro...» ¡qué Julio tan verdadero y tan del corazón! Si vienes por acá, te enseñaré una carta de él ¡Julio bueno! Están editándole en Santander toda su poesía conjunta, en una edición maravillosa.

A Rafael le veo con frecuencia y hablamos mucho. El es siempre igual; para mí, mi hermano más joven. Para mi libro *Los encuentros,* en prosa, he escrito una semblanza de él, viéndole en aquel primer día que vino contigo a casa. Allí aparece tu nombre, como es natural. Cuando vengas por Velintonia, te la leeré. Y otras que tengo de otros poemas.

Cuando vengas a Madrid, llámame por teléfono. Y si prevés tu viaje, me puedes poner con un par de días de antelación una postal para decirme que me llamarás por teléfono y que así sea fácil arreglar nuestra cita. Ya sabes mi teléfono: 334794.

Tengo ganas de darte un abrazo y saber de ti, y rememorar. Y hablar de tantas cosas. Ayer me llegó la 2ª edición de las O. completas de Federico, y te recordé. Bueno, Emilioto (como aún te llama Julio), adiós y hasta pronto. Felices Pascuas y un gran abrazo:

Vicente

28

Madrid, 12 enero 1960

Querido Emilioto: Me gusta recibir esta felicitación tuya en 1960 y yo también te deseo bienes y venturas... y santidad, que es tu más íntima apetencia, bien lo sé. Que seas más bueno que el pan, y que todos lo disfrutemos.

Por aquí sin novedad, salvo la nieve, que llegó ayer y cubrió de silencio y frío la ciudad. Nuestro amigo, y tu paisano, Rafael me visitó hace dos días, en compañía de su Conchita y me leyó su última obra lírica: *La máscara y los dientes,* librodrama, como él lo define. Pasé un gran rato, pues creo tiene algunos de los mejores versos suyos. Quiere editarla en la colección Espasa-Calpe donde salió *Historia del Corazón* y me alegraré mucho lo consiga. Por concepción y realización el libro merece una edición satisfactoria, no sólo en presentación sino en posibilidad difusora.

Me alegra verte enfrascado en escritura, en unos relatos o memorias. Lo veo una buena base que sea sobre el piso firme de tus cosas vividas. Yo siempre te veo el mismo, aunque te hayas echado encima unos *kilitos.* Prometo llegar al aniversario de aquella carta en que con gracia te referías a tus inminentes «floridos 19 años». Ahora serán tus madurantes 41 años, ¿no es eso?

Estos días estoy contento: pasa en Madrid cuatro o cinco nuestro Julio (en su hábito carmelita) después de 10 años de no verle. Viene a despedirse, pues se va por dos años a Bruselas. Ha sido una gran emoción volverle a ver. Con su gran corazón, con su bondad, sus cualidades estupendas paso con él horas magníficas. ¡Es el mismo de siempre! Está algo más lleno y de aspecto ha ganado mucho. Ya no es aquel hilo invisible de antaño.

Bueno, Emilio. hasta otra. Hoy espero a Julio (que se va mañana), y te recordaremos. Un abrazo siempre, en tu Talavera natal

Vicente

Vicente Aleixandre